

MAGALÍ VARELA

# EL CRUCE DEL LABERINTO

La historia de las mujeres  
que tejieron el  
Cruce de los Andes



VESTALES

# El cruce del laberinto

Magalí Varela

*A mi hermana Aramí, nunca dejes de leer.*

*A mi abuela Olga y a mi tío Carlos,  
estoy agradecida de que sean parte de mi vida.*

*Sucede con el verdadero amor  
lo que con la aparición de los espíritus:  
todo el mundo habla de ellos,  
y pocos los han visto.*

*François de La Rochefoucauld, Reflexiones o sentencias y máximas morales*



# Prólogo

[...] Apenas había  
en mi rostro el primer vello  
dado las honrosas señas  
del corazón y del seso,  
cuando en vez de acompañarme  
de los pulidos mancebos  
que en la juventud de Atenas  
eran de la gala espejos,  
de Hércules me acompañé;  
que más quiso mi ardimiento,  
que preceptores de galas,  
tener de hazañas maestros.

Sor Juana Inés de la Cruz, *Amor es más laberinto*

Buenos Aires, agosto de 1806.

Cuando don Francisco Luzuriaga decidió que su hijo menor lo acompañase a Buenos Aires ignoraba que su elección sería la puesta en marcha de un complejo mecanismo de causa y efecto que cambiaría la vida del muchacho, y que comúnmente se conoce como Destino.

Como buen comerciante que era, tenía la costumbre de ir a la ciudad, de visitar el puerto en busca de nuevas mercancías y de entablar nuevos lazos comerciales. Eso último era muy importante para los Luzuriaga, que provenían de una larga familia de mercaderes mendocinos, puesto que les aseguraba que los productos que llegaban al puerto, en su mayoría de contrabando, también pudieran ser comercializados por ellos mismos en el interior del territorio.

Ese año, don Francisco partió de Mendoza con su hijo Abel hacia Buenos Aires, que ya hacía más de un mes permanecía invadida por los ingleses, a visitar a uno de sus asociados más importantes. Sabía que era una locura entrar en la ciudad cuando se decía que se estaban formando grupos armados que pretendían enfrentarse a los invasores, pero a don Francisco lo preocupaba más un cargamento de telas de sumo valor que hacía tiempo estaba esperando. Si bien era un hombre acaudalado, había invertido mucho en

esa carga como para permitir que esos piratas ingleses se la incautaran.

Durante su estadía en Buenos Aires, los Luzuriaga residieron en casa de los Ocampo, también comerciantes, muy respetados por la sociedad porteña. Ambas familias eran amigas y, además, llevaban algunos años haciendo negocios. No sería errado pensar que tarde o temprano sellarían la alianza comercial por medio de un matrimonio, ya que los Ocampo tenían una hija pequeña que adoraban, a la que don Francisco codiciaba para su hijo mayor, Esteban, porque lo que era su hijo menor

Con sus diez años de edad, Abel le daba más dolores de cabeza a su padre que cualquier otra persona que hubiese conocido. Mientras su hermano Esteban era respetuoso y tranquilo, él era inquieto y respondón, siempre metiéndose en líos. Cuando lo amonestaban por sus acciones solía sostener la mirada de los adultos de forma desafiante. Era un niño temperamental. Por eso, las expectativas de don Francisco no se ajustaban a los deseos del pequeño; en esa regla no escrita se enmarcaba el porqué lo había dejado viajar con él. No era ningún tonto; por supuesto que comprendía cuál había sido el motivo por el que su padre lo había llevado a Buenos Aires. El hecho de que su hermano se hubiese enfermado antes del viaje le había dado la excusa suficiente para que intentara insertarlo en el negocio familiar de una vez por todas, al igual que a Esteban años anteriores. ¡Pero Abel no era como su hermano! No quería ser comerciante; quería algo más para su vida aunque todavía no sabía bien qué.

\* \* \*

No tuvo que esperar demasiado, ya que la madrugada del 12 de agosto lo supo. Unos extraños ruidos despertaron al niño que dormía solo en una de las habitaciones para huéspedes. Abrió los ojos, pero se quedó quieto en su cama, tratando de captar los sonidos que provenían de afuera. Reconocía voces de hombres y pasos, como de una cuadrilla que se acercaba. “¡Al fin lucharán contra los ingleses!”, pensaba, entusiasmado, puesto que estaba al tanto de lo que iba a acontecer en la ciudad gracias a la indiscreción de la servidumbre.

Sin poder contenerse por más tiempo, saltó de la cama y, a ciegas, salió de la habitación para seguir el eco de las voces que lo guiaban al salón. Encontró a su padre y a quien los alojaba, el señor Ocampo, en ropa de dormir, asomados con recelo a la ventana. Las damas, al parecer, permanecían en sus habitaciones.

—¡No te asomes tanto! —lo reprendió don Francisco cuando Abel sacó la cabeza por la ventana. El niño ni caso le hizo: miraba de un lado a otro en busca del origen de aquellos ruidos que lo habían despertado. Y no había sido el único; varios vecinos también se habían acercado a sus ventanas.

Por esa misma calle, apareció un grupo de milicianos que se dirigía a paso rápido. Se veían serios en sus uniformes de chaqueta azul con alamanes de cordón de plata y pantalón haciendo juego. En sus cabezas, portaban un cha-



có azul con visera, cordones de plata, escarapela y penacho encarnado. Lucían guapos y aguerridos.

—¿Hacia dónde van? —preguntó el niño con las mejillas enrojecidas y los ojos bien abiertos por la fascinación mientras su padre intentaba meterlo nuevamente dentro del cuarto.

—Creo que estos van a reunirse con Pueyrredón —respondió amablemente el dueño de casa, porque había reconocido los uniformes—. Será mejor que trabemos todas las puertas y ventanas. En las próximas horas, la ciudad será un campo de guerra.

Embrujado por lo que había presenciado, Abel se apresuró hacia su habitación y se vistió lo más rápido que pudo. Quería ver de cerca el combate de esos valientes soldados, como él los consideraba.

\* \* \*

Ahora, la servidumbre estaba despierta e iba de aquí para allá trabando puertas y ventanas por órdenes del señor Ocampo. El niño aprovechó la distracción para colarse por la puerta de servicio antes de que también la cancelaran.

Ya en la calle, corrió en la misma dirección que habían tomado los soldados, pero no los consiguió ver por ningún lado. Ansioso, se dejó guiar por el griterío porque no conocía muy bien las calles de la ciudad. Cuando, un tanto desorientado, daba vuelta en una esquina, fue sorprendido por el fragor de un combate entre el mismo grupo de soldados que había visto e ingleses. Se quedó paralizado, apenas escondido por el ángulo de una casa; observaba la lucha. El olor a pólvora le irritó las fosas nasales, y el griterío y los disparos retumbaron en sus oídos. Vio a un soldado atravesar a otro con una bayoneta: el hombre gimió de dolor antes de caer al suelo cubierto de sangre. Su mirada se desvió a los charcos rojos que manchaban la tierra de las calles. De repente sintió miedo. Se oyeron explosiones a la distancia que fueron suficientes para que Abel diera un brinco y saliera corriendo de regreso hacia la casa de los Ocampo.

Corría por las calles como un loco, le rogaba a la Virgen que nada malo le pasara. Sin embargo, estaba tan alterado que le costaba encontrar la vivienda. Se detuvo un segundo para orientarse. Percibió pasos a sus espaldas. No le cabían dudas de que eran ingleses y de que no vacilarían en matarlo si lo atrapaban.

\* \* \*

Con su último aliento, se precipitó por la calle de la derecha. Estaba tan mareado que seguía sin reconocer la casa. Se le escapó un gimoteo, pero no llegó a derramar ni una lágrima: antes vio una cabecita rizada que se asomaba a una ventana. Abel, aliviado, reconoció entonces a la pequeña Sofía que le hacía señas con los brazos. Con el corazón palpitándole en la garganta, apuró el tramo y, de un salto, trepó por el alféizar. La niña lo ayudó a entrar, cerraron la ventana con apremio y la trabaron cuando los sonidos de pasos se hicieron más fuertes.

Impulsivamente, Abel la tomó del brazo y la arrastró con él hacia una esquina oscura del salón. Ella se dejó abrazar sin decir palabra, mientras escuchaban atentos los cañonazos y el griterío. Abel la abrazó más fuerte creyendo que temblaba, cuando era él mismo quien lo hacía. Aunque apenas se habían prestado atención desde que él residía en la casa, se necesitaron mutuamente para aplacar el miedo con el contacto de sus cuerpos infantiles.

Así estuvieron hasta que los combates se fueron acallando. Lo único que se escuchaba, entonces, eran sus propias respiraciones. Sofía descansaba la mejilla en el pecho de Abel; sentía el latido constante de su corazón vigoroso. Él, por otra parte, se perdía en sus pensamientos con la vista clavada en la ventana.

Horas después, o por lo menos eso fue lo que creyeron los niños, don Francisco los encontró. El hombre estaba tan furioso que no reparó que con sus gritos asustaba a la niña, que no tenía más de siete años. No dejaba de recriminarle lo que consideraba exabruptos de su hijo. Las palabras "eres tan diferente a tu hermano" se repitieron varias veces en su argumento. Abel lo oía con la boca apretada

sin prestarle atención; sus pensamientos volvían una y otra vez a lo que había vivido. Ahora, más calmado, comprendía el riesgo que había corrido; sin embargo, en su pecho, sentía una nueva emoción que ya nada tenía que ver con el miedo, pero a la que no podía darle un nombre. Cuando miró a los ojos de su padre, que seguía sermoneándolo, descubrió lo que quería para sí mismo. Abel quería luchar como lo habían hecho esos soldados que arriesgaban la vida para defender lo que consideraban propio.

Don Francisco se daba cuenta de que sus palabras no alcanzaban al niño; era como si se escapara a un lugar al que nadie podía acceder, mucho menos él. Desde la muerte de su madre, lo había hecho con más frecuencia. Frustrado, sin más que decir, lo mandó a su habitación y le prohibió salir hasta que partieran de vuelta a Mendoza.

Abel echó una última mirada a su pequeña salvadora, que lo contemplaba en silencio. Salió del salón cuadrando los hombros y con la frente en alto, al igual que un soldado.

Días después de la reconquista de Buenos Aires, los Luzuriaga se marcharon.

# Capítulo 1

En la hermosura de Fedra,  
y en la beldad de Ariadna,  
muestra Amor que hay mayorías  
donde no caben ventajas;  
porque de Amor conozcan en las hazañas,  
que sin dejar despojos, consigue palmas.

Sor Juana Inés de la Cruz, *Amor es más laberinto*

Ciudad de Mendoza, Intendencia de Cuyo, septiembre de  
1816.

Antes de poner un pie en suelo mendocino, Sofía se aseguró de acomodar sus rizos color miel lo mejor que pudo. Atusó en vano la masa revuelta en la que se había convertido su cabello luego de semanas de no poder cuidarlo como debía. Resignada, bajó de la galera con torpeza y estuvo a punto de irse de bruces porque sus piernas estaban entumecidas debido al largo e incómodo viaje. Por fortuna, nadie la había visto aparecer con tan poca gracia, a excepción del cochero, que escondía una sonrisa burlona detrás de un grueso y sucio bigote. La muchacha lo fulminó con la mirada, pero poco le importó al hombre que se encogió de hombros y escupió la porquería que solía masticar. Ignoró ese repulsivo comportamiento y enfocó la atención en sus agarrotados miembros. Con disimulo, levantó uno de los piecitos bajo la falda y, con el equilibrio traspasado al otro pie, movió el que había levantado con delicadeza en círculos para descontracturar el tobillo. Luego, repitió la operación con el otro. Había sido la travesía más larga de su vida; días y días dentro del espacio reducido de la galera, sin nadie con quien hablar más que su chaperona y el nefasto cochero. A ninguna dama de buena familia se le habría ocurrido hacer semejante viaje sin un motivo de suma importancia. Ella lo tenía, por cierto. No obstante, debía dar gracias a los santos porque no había sufrido ningún sobresalto durante el trayecto y porque, al fin y al cabo, había llegado sana y salva a su destino.

Se pasó una mano por la falda del vestido de muselina blanca con motivos florales y lo alisó lo mejor que pudo. A la luz de la mañana, pudo ver horrorizada que estaba muy arrugado y lleno de polvo. No había sido una elección muy acertada, eso lo veía. Tendría que haberse cambiado en la última posta en la que se habían detenido a descan-

sar. Que Dios la librase, con esa facha debía de parecerse a la mujer de cualquier pulpero.

Mientras ella se lamentaba, la doncella y chaperona en lo que duró el trayecto supervisaba que el cochero no se olvidara de bajar ninguno de los baúles. Sofía se sintió un poco incómoda cuando las cosas se empezaron a amontonar a su alrededor, aun a pesar de las miradas de fastidio del cochero. No era esa clase de mujer frívola a la que no se le ocurriría viajar sin todos sus vestidos, joyas y perfumes, y que solía incomodar a la servidumbre y a los cocheros. Sin embargo, resultaba que traía con ella su ajuar de novia. Y sus preciados libros, por supuesto.

—Querida Sofía.

Levantó la vista y le sonrió con alegría a la mujer que se acercaba a recibirla. María de los Remedios de Escalada de San Martín se movía con la misma elegancia exquisita que Sofía recordaba. Era de estatura baja, delgada y morena. Toda una belleza porteña.

Ambas mujeres se tomaron de las manos; se miraron la una a la otra con emoción: hacía dos años que no se veían. Sofía contempló unos segundos el bello rostro ovalado de su amiga y encontró su mirada de grandes ojos oscuros.

—Estoy tan contenta de volver a verte —lo decía con sentimiento—. ¿Cómo está tu bebé? ¿Qué nombre le han puesto?

Sofía estaba entusiasmada por conocerlo. Había recibido la última correspondencia de ella aproximadamente un mes antes de que diese a luz. Le habría gustado ser la madrina de bautismo, pero la distancia se lo había impedido.